

VIDA COMUNITARIA

Un amigo mío de España, un dirigente de Acción Católica, me decía un día, con cierta ironía, que los teólogos son muy audaces, hacen teología de todo: teología del trabajo, teología de la familia, teología de las relaciones sociales, teología del desarrollo, y, si cualquier día pierden la vergüenza harán teología de Dios!!! Yo creo que estas palabras pueden ayudar un poco a lo que vamos a decir: Todos nosotros nos sentimos un poco alérgicos cuando se habla de especulación y de teología, pero también es una deficiencia no profundizar un poco al principio. Por eso les comunico desde ya que en la primera parte, esta charla o conferencia, o como quieran decirle, va a ser una pequeña reflexión teológica durante la cual tienen permiso para dormir; yo trataré de que no duerman, pero tienen permiso...

Se trata de algo difícil. De presentar en forma sintética y rápida los principios más o menos bíblicos de la vida de Comunidad.

Yo creo que si partimos de un texto de los *Hechos de los Apóstoles*, que son citados también en la *Sta. Regla*, descubrimos que la inquietud de aquella Iglesia era la idea de compartir, *¡de compartir!* En realidad el amor lleva siempre a compartir. Y Dios, que es definido por san Juan, como amor, en toda la revelación muestra un gran anhelo de solidarizarse, un gran anhelo de comunicar, de compartir. A todo lo largo de las Escrituras encontramos este diálogo y la voluntad explícita de Dios de estar con los hombres; y va llevando este anhelo hasta realizarlo a través del desierto, cuando Dios se instala en una tienda en medio de su pueblo. Y cuando Juan quiere describirnos la Encarnación nos dice que “El Verbo se hizo carne y plantó su tienda en medio de nosotros” con lo cual nos hace ver que todo el plan de Dios se encaminaba hacia una comunión, a una fusión a una solidaridad de amor con los hombres. Ese anhelo de compartir corresponde, pues, a un anhelo de amor.

Los libros sapienciales dicen que las delicias de Dios son estar con los hijos de los hombres”. Sólo estas palabras son sumamente consoladoras porque nuestra religión no es la de un Dios alejado que no se interesa por los hombres sino que es el Dios que comparte, que se solidariza, que camina con nosotros. Esto como principio de la vida de Comunidad: *al amor que quiere compartir*.

Pero en la realidad histórica de esos planes de Dios descubrimos que para poder realizar esa unión fue necesario un despojamiento y un *empobrecimiento*, un *anonadamiento* de Dios. Y san Pablo haciendo una maravillosa síntesis nos dice que “Cristo se aniquiló, se anonadó, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” y esto para solidarizarse y para llegar a una comunión. Quizás en una forma demasiado simplista, tenemos aquí, muy brevemente las líneas-fuerza de la vida de comunidad.

Ahora será forzoso que hable por algunos momentos del enfoque de la vida religiosa para ver cómo se conjuga con ese plan de Dios.

La vida religiosa: los teólogos hoy están de acuerdo en que no consiste en los consejos evangélicos que sabemos son más de tres y que se dirigen a todos los creyentes. También sabemos que no es la perfección, porque la perfección se da en todos los estados.

Entonces no queda otra alternativa, o no queda otra opción sino la de entender la vida religiosa como una *radicalidad*. La vida religiosa no es sino una vida cristiana, una vida cristiana radicalizada, los compromisos bautismales llevados hasta las últimas consecuencias.

Para ver cómo se traduce en hechos y se cristaliza concretamente esta radicalidad, la tradición estableció los consejos evangélicos, los votos religiosos que son formas expresivas de esta radicalidad. Y voy a describirlos para que se vea su referencia con la vida comunitaria.

El voto de castidad o de virginidad. Desgraciadamente hemos puesto un acento muy marcado en lo sexual, en la pureza, en el estilo del moralismo que nace sobre todo en el siglo XVII o tal vez en concepciones bastante maniqueas, cuando en realidad el voto de castidad no expresa otra cosa que la pobreza, que la *kenosis* de Cristo y la comunión cristiana. Porque un joven iba con Jesucristo camino a Jerusalén; Jesús debía caminar muy ligero, hasta tal punto que los discípulos se admiraban. Es que Cristo iba a realizar lo que había alimentado su corazón, el momento esperado por toda la historia, y, por eso, tenía prisa por llegar a Jerusalén. Al pasar por Samaría, los samaritanos no quisieron recibirlo. Y en esta ocasión un joven dice a Jesús: “Señor, yo te seguiré adonde quiera que vayas”. Y Cristo respondió: “Las zorras tienen sus madrigueras, los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza”. Las madrigueras de las zorras y los nidos de los pájaros en lengua urbana diríamos: el hogar de las raposas, el hogar de los pájaros. Si las raposas y los pájaros tienen derecho a tener un hogar, el hombre tiene mucho más derecho a formar una familia. Pero los que quieren seguir a Cristo por ese camino de radicalidad tendrán que renunciar a tener un hogar. ¿No les parece que la castidad enfocada de este modo, es pobreza? Aquel derecho que tienen todos los hombres, no lo tiene Jesucristo porque voluntariamente se anonadó.

Y aquel derecho que tienen todos los hombres, no lo tenemos aquellos que escogimos este seguimiento radical de Cristo porque hemos renunciado a lo que es tan legítimo: formar un hogar. ¡En ese momento entramos en un hogar mayor!

Jesucristo, mirando a los que le rodeaban, decía cierta vez: -‘Aquellos que hacen la voluntad del Padre, esos son mi madre y mis hermanos’. Y nosotros por esa radicalidad en el seguimiento de Cristo optamos positivamente por un amor no circunscripto por las paredes de un hogar, sino por un amor de fe que está muy emparentado con la fecundidad de los pobres de Yahvéh, con la fecundidad de los que creen que Dios puede dar hijos a los estériles, y puede tornar fecundas a las madres sin hijos, y puede sacar de la pobreza: riqueza y grandeza. Esta es nuestra vocación positiva.

Además de esto, la castidad, es por el Reino de los cielos, es un signo escatológico, una radicalidad de pobreza que no nos deja poner afección en lo que poseemos, sino que exige de nosotros un desprendimiento. Cuando lleguen los últimos tiempos, cuando llegue la plenitud de los tiempos, no es el momento de descender de los tejados para recoger lo que poseemos, no es el tiempo de volver al campo para buscar el manto sino que es cuestión de desprenderse *rápidamente*, de estar dispuesto para que en la agilidad del despojamiento, de la *kenosis* de Cristo, seamos capaces de compartir su gloria.

Si comprendemos el voto de castidad bajo este aspecto de despojamiento y de pobreza? mucho más el voto de obediencia. La obediencia no es sino *renunciar a tener un programa propio*. Jesucristo a pesar de ser un hombre en toda su plenitud, no tuvo un programa propio, fue el ejecutor de un programa trazado por el Padre: “Mi misión es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado”. Y toda la vida de Cristo está centrada en este alimento que es hacer la voluntad del Padre. Y cuando llega el fin, en el momento de la consumación del misterio pascual, dice: “He realizado la obra que me entregaste”, no su programa propio, sino “la obra que me entregaste”. Cristo fue, pues, un hombre en su totalidad, en su integridad, y a pesar de todo no tuvo un programa propio. Y nosotros, al renunciar a la propia voluntad, al aceptar unas estructuras de vida de comunidad, al aceptar una jerarquía, es decir todos esos condicionamientos o mediaciones, nos hacemos semejantes a Cristo que no tuvo, pues, ese programa propio.

Si enfocamos la castidad y la obediencia en ese sentido de pobreza, de despojamiento, de *kenosis* de Cristo, ¿qué se dirá de la *propia* pobreza? Si la castidad no consiste en ese acento que hemos puesto muy centrado en lo sexual, tampoco la pobreza consiste, como muchas veces parece que lo decimos, en el dinero, sino que consiste en *la renuncia al poder*. Y el dinero no es más que uno de los signos

del poder. Pero hay otros signos, que, sin ser dinero, también son falta de pobreza. Porque Cristo nos indica algunos medios que son paradójales, desconcertantes; nos envía como ovejas en medio de lobos, cuando nosotros, sin pensar, escogemos siempre el papel de lobo en medio de ovejas, porque nos parece mucho más eficaz un lobo entre ovejas que una oveja entre lobos. Y todos los medios de Cristo son los medios simples. El Reino de los cielos se asemeja al grano de mostaza que es el más pequeño de todos los granos. Y nos envía sin medios de persuasión, de ninguna especie, pobres, desvalidos; y la grandeza de la Iglesia, de su comunidad y de su reino será esa pobreza. Y cuando la Iglesia llega, a ser el árbol que protege, el árbol que da buena sombra, o allegado a los poderosos de la tierra que le pueden dar prestigio, es cuando la Iglesia se aparta de su verdadera misión que es seguir la misión de Cristo que, de manera paradójal, murió completamente fracasado.

Tenemos entonces que los tres votos característicos que vienen a significar la radicalidad de nuestro encuentro con Cristo, se reducen a pobreza. Y esto es muy normal, porque los votos religiosos no son sino sacramentos o signos del misterio pascual. Y el misterio pascual es el misterio de un amor llevado a las últimas consecuencias. No hay más grande amor que el que da la vida por los suyos. Es ese empobrecimiento, esa necesidad que tiene el grano de morir para dar fruto, esa es la esencia de la pobreza cristiana. Y es la esencia de nuestra vida radicalizada, que se llama vocación monástica, que se llama vocación religiosa.

Hasta aquí la teología, muy breve y muy sintetizada, de la vida religiosa. Ahora podríamos ocuparnos de muchos aspectos concretos y sería, pues, la hora de despertar, porque ya pasó la teología abstracta, y podríamos hablar de muchas cosas interesantes. Y de algunas de ellas sería necesario hablar, por ejemplo, de las relaciones entre la cabeza y los miembros en la comunidad.

Nosotros sabemos que el amor que es el fundamento, y la base de la vida de comunidad, es el amor divino. Dios es amor. Pero ese amor tiene una doble dimensión: la que podríamos llamar, hablando en el lenguaje de nuestros días, la dimensión vertical, es el trazo vertical de la cruz, y la dimensión fraternal en horizontal, es el trazo horizontal de la cruz. Es muy difícil presentar la imagen del amor cristiano si fuéramos acentuando solamente el aspecto vertical o angelista, porque entonces tendríamos un amor, pero no es el amor de Cristo que es un trazo vertical y horizontal. Pero también caeríamos en el mismo vicio si presentáramos un amor tan horizontal que olvidáramos que el amor tiene su comienzo en Dios. San Pablo nos advierte que el amor viene de Dios. Que El nos amó primero? la iniciativa es de Dios. Y ojalá que en nuestra teología, para no perder al equilibrio, guardásemos siempre esta primacía del amor. Pero como nosotros los hombres no podemos vivir de verdades abstractas, sino que debemos vivir de verdades hechas signos -porque mientras estamos en este cuerpo no podemos entender lo puramente espiritual, sino que necesitamos que todas las cosas entren a través de los sentidos- por eso Dios escogió una forma a base de signos para comunicarse con nosotros. En el A. Testamento hay muchos signos de los que nos habla la Epístola a los Hebreos: “que Dios nos habló de muchos modos y en muchas oportunidades”; son los sacramentos, los signos del A. Testamento. Cuando llega la plenitud de los tiempos, es el mismo lenguaje de Dios, el lenguaje del amor que se concreta en la carne de Cristo, en un sacramento, el del encuentro con Dios. Pero ahora, sin embargo, también nosotros necesitamos que al amor vertical y al amor horizontal lo podamos palpar de alguna manera. Y es por eso que en nuestras comunidades existe la cabeza que es la expresión visible de la capitalidad de Cristo.

La comunidad fundada por el amor de Cristo es la Iglesia, pero la Iglesia no es un cuerpo descabezado, sin cabeza; es un cuerpo con cabeza y esa cabeza es Cristo Pero como Cristo se ocultó en la gloria, precisamos una cabeza visible, y ahí está la razón de los obispos que juntamente con el Papa son la cabeza de la Iglesia, Y ahí está la razón de los padres de familia, que son la cabeza visible de esa comunidad doméstica, de esa iglesia doméstica, como dice el Concilio Vaticano II. Y también así, nuestras comunidades religiosas, nuestras comunidades monásticas necesitan, no por razón de conveniencia, sino por razón profundamente teológica, de la visibilidad de la cabeza. Cuando san Benito dice que el buen monje desea ser presidido por un Abad, nosotros nos sonreímos porque hemos aprendido con la vida mucha “gramática parda”. Pero nos hemos olvidado de la teología, nos hemos olvidado de que es realmente necesaria en la Iglesia esa cabeza visible que es el Abad, que es

el superior. Pero deberíamos recibirla con amor y con alegría: y no confundir la autoridad con el ejercicio de la autoridad. Hoy se habla mucho de crisis de autoridad y de crisis de obediencia. A mi modo de ver, es la forma de obedecer y la forma de mandar la que está en crisis. Pero no el propio principio de la autoridad ni de la obediencia. La obediencia está en las entrañas del mensaje cristiano. Hoy le damos otro nombre. Sin embargo soy muy optimista respecto a la obediencia. No es que haya crisis de obediencia, sino que lo que pasa es que a la obediencia le damos un nombre diferente. Hoy damos a la obediencia el nombre de servicio.

Servir, ¿no es obedecer? Antes los obispos estaban sobre un pedestal y también los Abades y querían silencio para ser escuchados. Pero hoy la Iglesia les pide que se callen para escuchar. Esto quiere decir que antes obedecían los que recibían órdenes. Pero hoy deben obedecer los que quieren servir. Por lo tanto, no hay crisis de obediencia, sino que la obediencia se ha multiplicado. Y ahora todos deseamos servir, ¿por qué? porque entendemos que el poder, Cristo lo renunció voluntariamente por su aniquilamiento y por su *kenosis*, y los que quieren ser los primeros en el Reino de los cielos no deberán hacer como en los reinos de este mundo en que el poder significa dominación y tiranía; sino que en el Reino de los cielos, el poder es servicio: “que sea vuestro siervo, que sea vuestro esclavo”. Este concepto me parece que encuadra perfectamente con las ideas de san Benito en la Santa Regla sobre el abad y sobre los monjes. Podríamos hacer muchas otras consideraciones... Yo quiero hablar sobre todo de la comunidad monástica y de la comunidad religiosa, como signo profético de nuestros tiempos. Podríamos tratar de muchos otros aspectos, pero la Iglesia ha sido acusada y también la iglesia doméstica -que es la comunidad monástica- de que a veces somos un poco narcisistas, muy preocupados con los problemas internos. Ya es hora de que abramos los ojos y nos demos cuenta de que toda comunidad, todo ser cristiano tiene una misión. Es un misionero, *un enviado*. Enviados, en forma *profética* al mundo para denunciar, pero con humildad, con mucha modestia, porque el denunciar si se hace con orgullo, ya no es profético. Entonces será contestación, que sabe a todo menos a profetismo. El profeta es siempre un hombre que duda, que tiene miedo, a quien el Señor tiene que empujar. Pero los que tienen muchas ganas de ser profetas... ¡hum!...

La definición que da san Pedro de la Iglesia, la podemos aplicar a la iglesia doméstica que es la comunidad monástica: “un pueblo de reyes, un sacerdocio real, una nación santa”. *Un pueblo elegido* para anunciar, para proclamar *kerigmáticamente* las maravillas del Señor. Y las maravillas se resumen en una sola: que “el amor se manifestó” que el amor está en medio de nosotros, que el amor se ha hecho visible. Y es esto lo que deberíamos anunciar. Cuán poco predicamos en la Iglesia, en nuestras homilias, el deber que tenemos de su kerigma, de su anuncio gozoso de la redención de Cristo. Y se dirá: ¿cómo se hace eso de anunciar la resurrección de Cristo? Todos ya lo saben, no es ninguna noticia. Pero es si una noticia: ¡*que nos amemos!* San Juan dice: “nosotros sabemos”; no se trata de teorías, no se trata de nociones abstractas, sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida” -que es la experiencia del misterio pascual- “porque amamos a los hermanos”. Y el que no ama, permanece todavía en la muerte; para ese tal, Cristo todavía no ha resucitado, Nuestras comunidades, ¿anuncian en verdad que Cristo ha resucitado? Aquí tenemos un interrogante para convencernos si realmente nuestras comunidades son proféticas.

El primer lastre, o freno o peso que encontramos al impulso profético de las comunidades son las *estructuras*. Hoy hay una crisis o una moda muy grande de gritar contra todo lo estructural. ¡Pero... señores! ¡nosotros estamos estructurados! ¡somos vertebrados! Si alguno de nosotros va al dentista y él, bajo el impulso del entusiasmo, al arrancarnos una muela nos arranca el esqueleto entero, veremos cómo, nuestro cuerpo entero se va doblando como una bolsa o un costal vacío... Como les decía, a mí me cupo tener mucho contacto con los *hippies*, esa gente que *pretende* ser muy desestructurada; tienen una liturgia *complicadísima*. Mucho más complicada que la nuestra. Todo es signos convencionales. ¡Y para entrar en ese mundo de simbolismos y de signos de los *hippies!*... Entonces, no creamos en la posibilidad de desestructurarse; en el momento en que destruimos una estructura estamos fabricando otra para sustituirla. ¡*No lo duden!* ¡*No lo duden!*... Seamos un poco humildes y reconozcamos que necesitamos de esqueleto. Pero, claro está, que si el esqueleto se fosiliza, entonces, en vez de ayudarnos se nos vuelve una especie de... como a la mujer de Lot... que se tornó una estatua de sal.

En estos días, en los pocos días que seguirán y hasta el fin de nuestros días, oiremos decir muchas cosas contra las estructuras sociales en las cuales tenemos que vivir. Sería muy farisaico que dijéramos: Gracias te doy, Señor, porque no somos como los demás. Creo que deberíamos dar gracias precisamente porque somos como todos los demás. Y si estamos en una civilización materialista y con criterios de eficacia y de mucha técnica, y, al mismo tiempo injusta, estemos *completamente seguros* de que nuestra Comunidad tiene esos *mismos males*. Y si no, examinemos con sinceridad y con lucidez nuestras propias vidas comunitarias; descubriremos allí muchas cosas de las que pretendemos acusar. Y el profeta empieza entonces a volverse humilde. A mi me impresionan mucho aquellos fariseos y escribas -y todos tenemos algo de escriba y fariseo- -¡todos!- que arrastraron a la mujer adúltera delante de Cristo. “*¡Esta mujer ha sido sorprendida en adulterio!* y la Ley dice:... tal cosa, tal otra... esas personas deben ser apedreadas”. Esos acusadores -que siempre los hay, falsos hermanos entre nosotros, *acusadores*- se fijan en el pecado y en la Ley y se olvidan de lo más importante que es la mujer!! Cristo, en cambio, cambia la perspectiva. Se fija en la mujer y convida a *solidarizarse en el amor*: el primero que esté libre de pecado... Y en el momento en que los pone en ese plano de solidaridad, los pobres escribas y fariseos se miran unos a otros, y, como con Cristo no se puede jugar, deciden marcharse y salir por la tangente. Y quedan solamente Cristo con la mujer; él es el único que la puede condenar; y en vez de condenarla, le dice: “tus pecados te son perdonados, vete y no vuelvas a pecar”. Yo creo que nuestra misión profética como comunidad es acusar al mundo, pero con mucha modestia. Una vez, en mi monasterio, en una homilía, hablé muy duro sobre algunos aspectos sociales. Cuando llegué a la Sacristía, un Padre de mi comunidad me dijo: “¿Está seguro que Ud. no tiene culpa en eso?”. Me avergoncé porque reconocí que tenía toda la razón. No me atreví a hablar más. Debemos empezar por limpiar nuestra propia casa. Debemos querer que el espíritu profético salga de nuestra casa, pero solamente después que hayamos aplicado en nuestra casa la justicia y la verdad. ¿De qué servirá inculcar a las gentes que tengan confianza, si entre monjes y monjas no existe la confianza? ¿De qué servirá decir que los que mandan y los que tienen autoridad deben confiar en los subalternos si uno exige que se lean las cartas abiertas en el monasterio o que se dé un compañero para ir a la calle?

Pero uno de los aspectos quizás más graves y que afecta mucho a nuestra condición de monjes benedictinos es el *liturgismo*, la estructura de la liturgia. Hay una clase de liturgismo que es peligroso porque es una regresión, es un volver otra vez al culto levítico. Cristo estuvo *contra* el sacerdocio oficial. Predicó muy poco en el Templo, después lo echaron, lo echaron de la sinagoga y tenía que predicar en los caminos. Y estableció un culto: “*en espíritu y en verdad*”. Y en el Templo les echó una bomba atómica, el día en que hablando con la samaritana dijo: “En verdad te digo que viene el tiempo en que no adoraréis ni aquí, ni en Garizín, ni en Jerusalén”. Y además, el sacrificio central del culto cristiano, la *eucaristía* era de laicos, presidida por el anciano de la casa. Y en los primeros tiempos los sacerdotes no fueron llamados sacerdotes, sino ancianos. Y toda la dificultad de identidad del sacerdocio viene de que nosotros, con nuestro liturgismo y con nuestro ritualismo hemos vuelto a aquella forma *fósil* que está llena de legalismo y de ritualismo que mata el espíritu profético. Claro está que es necesario tener discreción y no pasar al otro extremo. No digamos que estamos en una teología de signos, y a la vez echemos los signos por la borda... imposible!

Los franceses tienen una frase muy gráfica, dicen que después de haber bañado al niño se debe tirar afuera el agua, pero no el agua con el niño... todos los profetas fueron enemigos de los ídolos, y las idolatrías deben ser combatidas y denunciadas, pero siempre con espíritu de discreción, ¡para no tirar también el niño junto con el agua!

Cierto estilo de liturgismo nuestro ha convertido nuestros Monasterios en lugares agradables, donde uno podría todavía refugiarse del mundo que acusa y que inquieta y que angustia. ¡Y es tan sabroso quedar como escondido y camuflado en una nube de incienso! Pero,... entonces es necesario que devolvamos otra vez a la liturgia central, a la eucaristía, su carácter *kerigmático* de denuncia y que la Palabra de Dios no quede “opacada” *por el rito*, sino que el rito sea ni más ni menos que un pedestal y un marco de la Palabra de Dios. Nuestra liturgia debería siempre vigilar para que el rito no fuera en detrimento de la Palabra, sino al contrario, para realzar, para reafirmar y subrayar “la Palabra divina”.

Otro aspecto de nuestra comunidad profética es el de todos los problemas de democracia y autoridad. Y creo que deberán pasar a la historia aquel concepto de una Iglesia impecable y santa en el sentido de que nosotros podríamos liberarnos ya del complejo de inferioridad. *De ninguna manera!!* Y tampoco conservar las apariencias y salvar las fachadas, y creer que “aquí no pasa nada”, creer que los problemas están siempre lejos, allí en la nación vecina, pero no entre nosotros.

Es evidente que los monjes no deben politizarse, y que nuestras comunidades no deben ser focos de subversión y de contestación: ¡de *ninguna manera!* Pero tampoco deben ser refugios de aquella prudencia que no es la prudencia, virtud cardinal, sino que es la prudencia clerical; que es muy distinta: toda hecha de miedo, toda hecha de falta de audacia, toda hecha de timidez y de complejo: no de inferioridad sino de derrota.

Ojalá nos acostumbráramos a reconocer con humildad el pecado en la cabeza y en los miembros. La parábola de la cizaña es maravillosa para este objeto. Entender que el Reino de los cielos es grano, buen grano y cizaña mezclada y tan mezclados que las raíces están entrelazadas. Y nosotros tenemos la costumbre de colocar la cizaña en la acera de enfrente y al buen grano aquí. Y no es ésto. Debemos reconocer con realismo que la cizaña está *íntimamente* entrelazada con el grano. Y creo no es obstáculo para que se construya el Reino de Dios, sino que es precisamente éso lo que nos hace tener el derecho de esperar en el Padre de misericordia y en el médico de nuestras enfermedades. Si no partimos de esa verdad, no podemos entender la vida cristiana y la vida de comunidad.

Y, por eso, aquí quiero decir una palabra sobre el *realismo de la caridad fraterna* en las comunidades. Porque hemos visto el realismo de la caridad vertical, que atañe al superior, que es la cabeza visible; pero no he dicho nada todavía del realismo de la caridad horizontal. A mi me ha tocado aconsejar y animar muchas pequeñas comunidades de base que se han formado en Bogotá. Y casi todas fracasan por falta de realismo. Todos los hombres, no solamente los “esquizoides”, los “alargados”, sino también los “sintonizados”, *todos*, somos “Quijotes” “Quijotes”!! Don Quijote era un hombre que, donde había molinos veía gigantes. Y por eso Cervantes, con gran intención le puso a su lado a Sancho Panza que era un tipo sintonizado. Creo que todos nosotros necesitamos de un ángel de la guarda sintonizado. Porque nos empeñamos en ver gigantes donde no hay mas que molinos. Y así, por ejemplo, vamos a la comunidad con un prójimo que nos hemos forjado en nuestras cabezas, pero que no existe en la realidad. Entonces, pasamos la vida amando aun *fantasma*. Y nunca aterrizamos y no llegamos nunca a amar al hermano “a quien vemos”. San Juan no dice que debemos amar al hermano a quien imaginamos, sino que debemos “amar al hermano a quien vemos”. Y debemos amar a los hombres tal como son y *no* como deberían ser. En las comunidades siempre estamos acariciando al monje ideal, y el monje ideal, como los universales, no existe: es una abstracción de la mente. Pero lo que existen son hombres concretos y esos hombres concretos son el lugar del encuentro con Dios. Digo, que los lugares privilegiados para encontrarse con Dios son: las Sagradas Escrituras, los Sacramentos, la Iglesia y los sacramentos con patas que somos los hombres!!!

Naturalmente que en esta visión del Reino de Dios tan realista, hay el peligro de la eficacia que es otro de los peligros que nos amenazan constantemente. Consiste en, cuando se ve el mal, querer aplicar el remedio, *ya*. Y mientras estamos en este mundo el “ya” no existe. *Gracias a Dios!* Pero lo que existe es la paciencia de Dios. El Reino de los cielos, para crecer, necesita tiempo. Y nosotros tenemos unas impaciencias que no dan tiempo a que el Reino de Dios madure. Se habla mucho de madurez, y, naturalmente cuando se habla mucho de madurez es porque hay mucha inmadurez. Pero, no nos hagamos ilusiones! Una vez un seminarista me dijo: Yo pienso ir al seminario, pero cuando esté completamente maduro. Y yo le contesté: Se morirá sin ir al seminario. Porque hacemos como las frutas que cuando están maduras caen del árbol, y eso es la muerte. Y debemos partir del principio de que todos somos inmaduros; esto es normal. Estamos en un *proceso* de maduración. Yo no soy nada partidario de las experiencias que hacen ahora en los monasterios, de enviar a un joven para madurar a una fábrica, porque en la fábrica hay tantos inmaduros como en el monasterio. Lo que pasa es que son inmaduros de otra manera? pero también son inmaduros. ¿No les parece inmadurez esos seglares que comen mal y educan mal a los hijos para poder pagar las mensualidades de un televisor? ¿No es

inmadurez no tener una buena jerarquía de valores? Y esa competencia de ostentación que, si un vecino compra una licuadora o una frigorífica, yo también las tengo que tener? Pues bien, nosotros, a veces sin darnos cuenta, en nuestras comunidades, estamos en la misma impaciencia y en la misma carrera de competencia. La paciencia es necesaria, y lo contrario de la paciencia es la inquisición. Y todos llevamos, un inquisidor dentro de nosotros: ¡el ya, la inmediatez!

Debemos vigilar sobre la idolatría del prestigio, y debemos recordar, sobre todo, que la única cosa que merece primacía en nuestras comunidades, como nos dice muy bien san Lucas, es la primacía del amor. Cuando llega el amor, tiene tantos derechos que todo lo demás debe ceder, *todo*, estructuras, costumbres, *todo*; el amor está por encima de todo. Y Uds. recuerden el caso típico de aquel sacerdote y aquel levita que bajaban y encontraron al pobre judío que había caído en manos de ladrones... A veces lo estructural el legalismo, nos hacen perder las urgencias de la caridad. Y también nosotros la abandonamos por un cierto "puritanismo". En mi tierra, hemos sido muy controvertidos por la acogida que damos a todo ese "arca de Noé", de *hippies*. Y una vez, hablando con el obispo, yo le decía, con todo respeto: ¿le parece que no son hijos de Dios los *hippies*? ¿Por qué no nos podemos dedicar a darles acogida y abrirles las puertas a esas pobres gentes que tienen un complejo de persecución ya que se les cierran todas las puertas: ¡las de la familia, las de la sociedad, las del clero! ¡Que por lo menos escuchen a alguien que les sepa escuchar! Y sólo escucharles es ya una terapéutica. Hemos visto realmente milagros por el mero hecho, por el solo hecho de perder una tarde escuchando las tonterías que dicen los *hippies*.

Creo que deberíamos defender con los dientes, las manos y los pies, el espíritu de libertad que nos *toca como cristianos*. Dice san Pablo: "Falsos hermanos se infiltran en las comunidades, que vienen a espiar nuestra libertad, la que tenemos en Cristo Jesús. Y esto, ¿para qué? ¿para volvernos a someter a la esclavitud, al legalismo, al ritualismo, a solidarizarnos con un mundo institucionalizado, con la violencia y todo eso? *NO*, ¡no podemos de ninguna manera! "A esos tales nosotros nos resistimos" dice san Pablo. Esa valentía, ¿la tenemos? ¿la tienen nuestras comunidades?

Todavía tendríamos que hablar, y eso sería más anecdótico: de las actitudes que deben adoptar nuestras *comunidades ante el cambio*. Es típico de los benedictinos la "pax", la paz. Pero nuestro contexto sudamericano es un contexto de violencia. ¿Cuáles deben ser las actitudes de una comunidad profética, evangélica de verdad, en un mundo de violencia? Aún sin entrar en discusión, supongo que todos estamos de acuerdo en que la ley del talión "ojo por ojo y diente por diente" la tenemos desgraciadamente muy inoculada en nuestros corazones. Es un círculo infernal. He vivido en Colombia, donde el azote de la violencia ha sido más grande que en todos los países de Sudamérica, en que los muertos se cuentan por centenares de miles (los de la violencia). Esto desencadena un círculo vicioso de venganza que uno no ve la manera cómo podrá terminar. Hijos que se han quedado con el resentimiento de haber contemplado con sus ojos cómo decapitaban a sus padres, sus madres, y que se van al monte únicamente para esperar la oportunidad de hacer lo mismo con sus enemigos. Y esto de generación en generación. El grandioso amor de Cristo es que supo cortar ese círculo vicioso. El amor de los enemigos y el perdón, tal como enseña Jesucristo es la única manera de terminar con ese círculo infernal, diabólico de la violencia. ¿Cómo podemos nosotros predicar con criterios de eficacia que hay que practicar la ley del talión y que se tienen que inculcar en el pueblo los antagonismos de clases sociales y la lucha de clases, y que la lucha no puede ser llevada a cabo si no hay odio? Porque eso he oído predicar a sacerdotes... que si no hay odio no se puede ser eficaz que con puras filosofías abstractas somos incapaces de matar. ¡Y esto... *dicho por un sacerdote!* claro que eso de poner la otra mejilla y de morir fracasados, y de ir como ovejas en medio de lobos y se mire por donde se mire, no hay manera de que lo justifiquemos. Pero y señores, ¿creemos o no creemos? ¿No espera el mundo de nosotros que seamos los profesionales de la fe? El P. Juan Leclercq me preguntaba un día que definiese mi monasterio Y seguramente esperaba una carta muy complicada Y yo le respondí una cosa muy simple que lo defraudó. Le contesté que éramos unos hombres que nos esforzábamos en creer en Dios y en amarnos; ¡punto!

¿Qué papel puede jugar la oración en el cambio, que todos anhelamos de estructuras? Yo creo que es ésta la violencia más eficaz de todas, *la oración*. No una oración de compromiso, sino una oración

profética de verdad, un pedir a Dios que esclarezca nuestros ojos para que sepamos leer los signos de los tiempos. ¿No se han fijado Uds. que a veces los poetas son *muy profetas*? ¿Por qué? porque tienen el hábito de leer lo que no sabe leer la gente. Un árbol que para un botánico no significa más que un árbol, le trae al poeta un mensaje, y si el poeta no habla sólo de belleza sino que habla de amor humano, entonces empieza a ser profeta. Y cuando el poeta habla del amor divino es profeta. Y la oración es la más grande de las poesías, porque la poesía, como el juego de los niños, como decía Guardini, “*es algo que no sirve para nada*”. Y ojalá entendiéramos que la oración no sirviendo para nada es la lección que necesita el mundo que sólo entiende lo que sirve para algo.

En un pequeño artículo que publiqué en Bogotá, escribía: hace unos años los arquitectos pensaban que el criterio de urbanización era no desperdiciar un metro cuadrado, todo se debía edificar; esas ciudades son monstruos que fabrican neurosis, porque son monstruos de cemento armado. Hoy todo buen urbanista sabe que el 40 ó 50 % del espacio de una ciudad debe ser espacio verde, los cuales son inútiles, sólo dan gastos. Y así en la vida cristiana, se necesitan comunidades que indiquen que todavía es necesario perder el tiempo para Dios.

Pero en todo esto se necesita una gran modestia y un gran sentido de debilidad. A mí me gustó mucho la conferencia del primer día, del Dr. Cândido Mendes de Almeida porque por lo menos nos hizo comprender que lo que llamamos problemas sociales lo son de verdad. Son muy complejos, y estamos fuera de lugar cuando nosotros los pobres monjes, con una cultura de tipo clerical, empezamos a dogmatizar sobre sociología, de lo que no sabemos nada, ¡no sabemos nada! y conviene que venga un doctor y nos haga ver, y nos haga temer; y nos haga sentir miedo de penetrar en el mundo, y solamente entramos en ese mundo con el derecho de profetas y no con el derecho de sociólogos. No podemos reducir, de ninguna manera, nuestro cristianismo a sociología. Sino que debemos hacer entender que nuestro mundo es el mundo del amor y nada más.

Y es un problema el de la liberación y el de la sensibilidad social. Si nuestras comunidades tienen la propiedad de ausentarnos de la realidad del mundo, en ese caso yo creo, que no estamos cumpliendo con nuestra misión. En nuestro pequeño monasterio -se los digo como ejemplo-, es obligatorio para los postulantes y los novicios leer el periódico. ¡*Obligatorio*! Y si en una recreación -en que están todos juntos, no hay separaciones- algún postulante, o algún novicio se muestra fuera de órbita, no enterado de lo que pasa en el mundo, yo me encargo de tirarle las orejas. Y también tienen la obligación de escuchar la radio, de estar informados y leer revistas, no por erudición bobá, sino para estar en contacto con los hermanos; porque nosotros no huimos del mundo ni nos ausentamos de los hombres, sino que simplemente tomamos un poco de espacio para verlos así: en profundidad.

Finalmente yo les quiero poner un pequeño ejemplo para terminar. En nuestras comunidades, como dice san Benito, el Abad debe procurar una marcha que todos puedan seguirlo, y que ninguno se sienta excluido, ni dejado atrás, ni que haya perdido el tren. Incluso aquellos que realmente lo han perdido, sería una obra de caridad hacer que entiendan que no lo perdieron. Esto sería muy bonito! Les doy un ejemplo: en la mañana de la Resurrección, corrían al sepulcro dos obispos recién ordenados, eran Juan y Pedro. Juan era un obispo muy jovencito, en cambio Pedro... Naturalmente, Juan llegó el primero al sepulcro, pero fijense en el gesto supremamente bello: *no entró* primero al sepulcro. Esperó que Pedro llegase. Yo creo que no podemos entender el misterio del amor, que es el de la Resurrección de Cristo, ¡si no sabemos esperar a que lleguen los viejos!

*Monasterio de Sta. María de Usme
Bogotá – Colombia*